

Transmitir la verdad sin herir¹

Verdad y amor

1. Acabamos de escuchar, en la segunda lectura, el impresionante himno a la caridad de san Pablo. Si se me permitiera parafrasear al Apóstol, diría que nosotros, esta tarde, hemos de pedir al Señor *el don de profecía para penetrar todos los misterios, el don de ciencia en grado sublime y una fe tan grande como para cambiar de sitio a las montañas²*, pero todo esto impregnado de la más honda caridad. Porque, puestos a pedir, ambas cosas no tienen por qué ser excluyentes. Al contrario: la conquista de la verdad y el amor sublime se iluminan y enriquecen mutuamente.

Como la Iglesia nos ha enseñado en fecha reciente³: Solo cuando el amor está fundado en la verdad, perdura en el tiempo. Solo así, con esa firme base intelectual, puede superar la fugacidad del instante y permanecer firme. Un amor que no se apoya en la verdad está sujeto al vaivén de los sentimientos (al sentimentalismo) y no supera la prueba del tiempo. El amor con verdad, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena.

Ahora bien. No solo el amor necesita de la verdad, sino que también la verdad necesita del amor. En realidad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve fría, impersonal, casi opresiva para la vida concreta de la persona. Sería, en definitiva, *campana que resuena o platillos que aturden⁴*.

Lo que este mundo nuestro más necesita, por tanto, es el testimonio de cristianos bien formados desde el punto de vista intelectual, es decir, teológico y doctrinal, cristianos que tengan sólidos fundamentos en su fe para que, como quería san Pedro, *estén prontos a dar razón de su esperanza⁵*. Pero que, a la vez, estén hondamente impregnados del amor a Cristo y a las almas.

Una cultura hostil

2. Estamos invadidos y dominados por una cultura que desde muchos ángulos cuestiona las verdades de nuestra fe. Una cultura que frecuentemente niega y desprecia los valores del espíritu. ¿Qué hacer? Pues mostrar con toda su integridad y belleza el mensaje del Evangelio. Presentar, pedía san Juan Pablo II: *el verdadero rostro de la fe cristiana, que no es simplemente un conjunto de proposiciones que se han de acoger y ratificar con la inteligencia, sino un conocimiento de Cristo vivido personalmente, una memoria viva de sus mandamientos, una verdad que se ha de hacer vida⁶*.

¹ Homilía en el domingo IV del tiempo ordinario, ciclo C.

² Segunda lectura 1 *Corintios* 13, 2.

³ Cfr. BENEDICTO XVI-FRANCISCO, *Lumen fidei*, n. 27.

⁴ 1 *Corintios* 13, 1.

⁵ 1 *Pedro* 3, 15

⁶ SAN JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, n. 88.

Alguno podría pensar, pero si yo soy muy limitado. No tengo ningún tipo de autoridad, ni recursos económicos, ni especial elocuencia... ¿cómo voy a influir en los demás?, ¿cómo voy a conseguir que acepten a Cristo? Pues con la misma audacia que tuvo el profeta Jeremías. Apoyándonos en la verdad y en el amor también nosotros escucharemos la voz del Señor: *Diles lo que yo te mando (...). No temas, no titubees delante de ellos (...). Te hago ciudad fortificada, columna de hierro y muralla de bronce (...). Te harán la guerra pero no podrán contigo, porque yo estoy a tu lado para salvarte*⁷.

Una vez me hicieron notar que si en medio de un gran estadio, en una noche oscura, se enciende una pequeña linterna. La oscuridad, evidentemente, permanece. Pero esa pequeña luz será percibida desde cualquier punto de aquel inmenso recinto. Hace pocos días, al comenzar el semestre escolar en una universidad privada, de tendencia liberal, de esta ciudad. En la clase de *Ideas*, la profesora fue haciendo preguntas a los estudiantes sobre la existencia de Dios, del alma espiritual y de la vida eterna. Les fue pidiendo que alzaran la mano los que creían en Dios (unos pocos), luego los que creían en el alma espiritual (bastantes menos) y, por último, los que estaban dispuestos a meter la mano al fuego por la existencia de la vida eterna, de un premio o castigo después de la muerte. Solo un muchacho levantó la mano. *Te vas a quemar*, le dijo irónicamente la profesora. *Ya veremos*, contestó él.

Como hijos de la luz

3. De eso se trata. De encender una vela y *colocarla en el candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa*⁸. Algo que los primeros cristianos entendieron y vivieron con fidelidad. *En otro tiempo* –dice san Pablo a los Efesios- *ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por tanto, como hijos de la luz* (5, 8).

Ellos aprendieron a transmitir la verdad con la caridad más fina. No eran, habitualmente, déspotas ni intolerantes, sino comprensivos y acogedores. Así lo habían aprendido de Cristo. El Evangelio nos muestra hoy al Señor enseñando en la sinagoga de Nazaret⁹. Es patente que su doctrina en un primer momento les impacta. Pero luego pasan de la mayor admiración al odio más visceral. Jesús, sin embargo, permanece en lo dicho. En ningún momento cede a la presión del auditorio, acomodando su discurso a lo que ellos quisieran oír.

Hacer amable la verdad

4. Pues, nosotros, igual. Tengamos presente que *enseñar al que no sabe* es una preciosa obra de misericordia. Y procuremos hacerlo con la mayor amabilidad posible pero sin hacer concesiones. Lo pedía san Paulo VI en una de sus encíclicas: *No menoscabar en nada la saludable doctrina de Cristo es una forma de caridad eminente hacia las almas*¹⁰. Y san Josemaría: ***Debemos tener un amor que cubra la multitud de las deficiencias, de las***

⁷ Primera lectura, *Jeremías* 1, 17-18.

⁸ *Mateo* 5, 15.

⁹ *Lucas* 4, 21-30.

¹⁰ *Humanae vitae*, n. 29.

miserias humanas. Debemos tener una caridad maravillosa, veritatem facientes in caritate (Efesios 4, 15), ***defendiendo la verdad, sin herir***¹¹.

5. Que el amable y discreto ejemplo de san José, ahora que empezamos la costumbre de sus *Siete domingos*, nos inspire en este modo de proceder.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 3 de febrero de 2019.

¹¹ *Forja*, n. 559.